

se le achacara también, mandó con toda diligencia que se la ligaran las venas como así se hizo, mas sin que ella lo advirtiera, puesto que se encontraba medio muerta é insensible. El tiempo que contra su designio estuvo en el mundo viviolo honestísimamente, como á su virtud pertenecía, mostrando por la palidez de su semblante cuánta vida dejara escapar por sus heridas.

Estas son mis tres verídicas relaciones, que á mi entender son tan interesantes y tan trágicas como las que aderezamos á nuestro albedrío para procurar placer al pueblo. Me admira que á los que se dedican á forjarlas no se les ocurra elegir más bien diez mil lindas historias que se encuentran en los libros, donde con menos molestia procurarían mayor regocijo y provecho. Quien quisiera edificar un cuerpo entero en que las unas fueran unidas á las otras no habría menester poner de propio más que el enlace, como la soldadura de otro metal. Por este medio podría amontonar numerosos acontecimientos verídicos de todas suertes, disponiéndolos y diversificándolos según que la belleza de la obra lo exigiera, sobre poco más ó menos como Ovidio ha cosido y remendado sus *Metamorfosis* con un gran número de diversos mitos.

Digno es de reflexión en la última pareja considerar que Paulina sacrifica gustosa su vida en aras del amor de su marido, y que éste había en otra ocasión escapado á la muerte sólo por el amor que á su mujer profesaba. A juicio nuestro no hay gran compensación en este cambio; mas según el criterio estoico, entiendo que Séneca pensaría haber hecho tanto por su esposa al alargar la propia existencia en su favor, como si por ella hubiera muerto. En una de las cartas que escribe á Lucilio, después de contarle cómo las calenturas habiéndole asaltado en Roma montó de repente en un vehículo para trasladarse á una de sus casas de campo, contra el parecer de su mujer, que quería detenerle, y á quien él había repuesto que la calentura que tenía no emanaba del cuerpo sino del lugar donde vivía, concluye así: « Dejóme partir recomendándome que me cuidara mucho, y yo que pongo su vida en la mía empiezo á remediar mis males por aliviar los suyos. El privilegio que mi vejez me había otorgado al convertirme en más firme y resuelto para muchas cosas, lo pierdo cuando á mi memoria viene la idea de que en este anciano hay una joven á quien aquél rinde servicios. Puesto que no la puedo obligar á amarme con mayor firmeza, ella me fuerza á mí mismo á quererme con mayor celo. Preciso es condescender con nuestras legítimas afecciones; y á veces, aun cuando todo nos llevara á la muerte, retener en sí, aun á costa de sufrimientos, el soplo vital que nos escapa. El hombre probo debe permanecer aquí bajo no solamente mientras no se encuentre

mal hallado, sino mientras su permanencia sea necesaria. Aquel á quien el cariño de su mujer ó el de un amigo no mueven á prolongar sus días; aquel que se obstina en morir, es demasiado delicado y demasiado blando. Preciso es que el alma se amarre á la vida cuando el provecho de los nuestros lo requiere. Necesario es á veces que nos sacrifiquemos á nuestros amigos, y que aun cuando quisiéramos morir interrumpamos nuestro designio por ellos. Es un testimonio de grandeza de ánimo el volver á la vida por interés ajeno, y muchos hombres notables así lo hicieron. Es un rasgo de bondad singular el conservarse en la vejez (cuya ventaja mayor es la negligencia de su duración y un más valeroso menosprecio de la existencia), cuando se ve que es dulce, agradable y provechosa á alguna persona querida. Con ello se recibe una placentera recompensa; porque, ¿qué puede haber más grato que ser tan caro á su esposa que por ello sea uno más caro para sí mismo? Así mi Paulina impúsome no solamente sus cuidados, sino también los míos. No me bastó considerar con cuánta resolución podría yo morir, consideré además la flaqueza con que ella soportaría mi muerte. Obligúeme á vivir, y alguna vez vivir es magnánimo. » Tales son las palabras de Séneca, excelentes como todas las suyas.

## CAPÍTULO XXXVI

## DE LOS HOMBRES MÁS RELEVANTES

Si se me pidiera que escogiese entre todos los hombres que vinieron á mi conocimiento, paréceme que me quedaría con tres excelentes, que están por cima de todos los demás.

Uno es Homero, y no es que Aristóteles y Varrón no fueran quizás tan sabios como él, ni que en su arte Virgilio no pueda serle comparable: dejo estos extremos al juicio de aquellos que los conocen á ambos. Yo que no conozco más que á uno puedo decir solamente que á mi entender ni las musas mismas sobrepujaron al romano:

Tale facit carmen docta testudine, quale  
Cynthia: impos.tis temperat articulis †.

En esta apreciación, sin embargo, no hay que olvidar que á Homero principalmente debe Virgilio gran parte de su mérito; que es su maestro y su guía, y que un sólo pasaje de la *Iliada* proveyó de cuerpo y argumento á la grande y divina *Eneida*. Yo no fundamento en esto mi opi-

1. Compone versos en su docta lira como el mismo Cintio modula sus armoniosos cánticos. PROPERCIO, II, 34, 79.

nión, sino que tengo presentes otras muchas circunstancias que para mí hacen á Homero admirable; considérola casi por cima de la humana condición, y en verdad me extraña á veces que quien creó y dió crédito en el mundo, merced á su exclusiva autoridad, á tantas deidades no haya también ganado divino rango. Siendo ciego é indigente; habiendo vivido antes de que las ciencias florecieran y merecieran asenso, conociólas tanto, que cuantos despues gobernaron pueblos ó mandaron ejércitos escribieron, idearon cultos ó filosofaron en cualquier secta, ó trataron de las artes, sacaron provecho de él como de un maestro perfectísimo en todas las cosas, y de sus libros como de un semillero donde se guarda toda suerte de saber:

Qui, quid sit pulchrum, quid turpe, quid utile, quid non,  
Pleniús ac melius Chrysipto et Crantore dicit<sup>1</sup>:

y como dice Ovidio,

A quo, ceu fonte perenni,  
Vatum Pieriis ora rigantur aquis<sup>2</sup>;

y Lucrecio,

Adde Heliconiadum comites, quorum unus Homerus  
Sceptra potitus<sup>3</sup>;

y Manilio,

Cujusque ex ore profuso  
Omnis posteritas latices in carmina duxit.  
Amnemque in tenues ausa est deducere rivos,  
Unius fecunda bonis<sup>4</sup>.

Contra lo que conforme al orden natural acontece, produjo la obra más excelente que pueda imaginarse, pues cuando las cosas nacen son imperfectas, luego van puliéndose y fortificándose á medida de su crecimiento. Homero llevó á cabal sazón la infancia de la poesia y de las otras artes dejándolas cumplidas y perfectas. Por eso puede llamársele el primero y el último poeta, conforme al testimonio que de él nos dejó la antigüedad, ó sea « que, no habiendo tenido nadie á quien poder seguir, tampoco encontró ninguno que imitarle pudiera despues ». Sus palabras, según Aristóteles, son las únicas que tengan movimiento y vida, las únicas sustanciales. Como Alejandro el Grande encontrara entre los despojos de Dario una

1. Mejor y más sabiamente que Crisipo y Crantor nos declara lo que es honesto y lo que es inmoral, lo útil y lo inútil. HORACIO, *Epist.*, I, 2, 3.

2. En cuyas fuentes perennes las bocas de los vates beben las aguas del Parnaso. OVIDIO, *Amor.*, III, 9, 23.

3. Agrega los compañeros del Helicón, entre los cuales Homero es el único soberano. LUCRECIO, III, 1030.

4. Del cual, como de fuente inagotable, la posteridad sacó raudales de poesia, y de él solo nacen bienes fecundos, como un manantial da origen á numerosos arroyuelos. MANILIO, II, 8.

suntuosa arquilla, ordenó que se la reservaran para guardar su Homero, diciendo que era el mejor y el más fiel de sus consejeros que le guiara en las cosas militares. Por la misma razón decía Cleomenes, hijo de Anaxandridas, « que era el poeta favorito de los lacedemonios, como ejemplar maestro en la disciplina guerrera ». A juicio de Plutarco merece Homero esta singular y particularísima alabanza: « Es el único autor del mundo que no haya jamás cansado ni hastiado á los hombres, mostrándose al lector siempre distinto, y constantemente floreciente en nuevos encantos. » Aquel calavera de Alcibiades pidió en una ocasión á un individuo que ejercía las letras un ejemplar de Homero, y sacudióle un sopapo porque no lo tenía. La cosa le produjo impresión igual como si alguien hubiera encontrado hoy á un clérigo sin breviario. Jenófanes quejase un día á Hierón, tirano de Siracusa, de que estaba tan pobre que ni siquiera podía sustentar á dos criados, á lo cual aquél repuso: « Homero, que era mucho más pobre que tú, alimenta más de diez mil, muerto y todo como está. » Elogio grande hacia Panecio de Platón cuando le nombraba « el Homero de los filósofos ». Aparte de todo esto, ¿ qué gloria puede equipararse á la suya? Nada hay tan vivo en los labios de los hombres como su nombre y sus obras; nada tan conocido y tan recibido como Troya, Helena y sus guerras, que acaso jamás hayan existido: designamos todavía á nuestros hijos con los nombres que él forjó hace tres mil años; ¿ quién no conoce á Héctor y á Aquiles? No va sólo algunos pueblos particulares, sino la mayor parte de las naciones buscan su origen en las invenciones del poeta. Mahomet, segundo de este nombre, emperador de los turcos, escribió á nuestro pontífice Pio II, diciéndole: « Me sorprende que los italianos se levanten en armas contra mí, en atención á que somos de un origen común; los dos pueblos descendemos de los trojanos, y yo, como ellos, tengo empeño en vengar la sangre de Héctor contra los griegos, á los cuales los italianos están favoreciendo contra mí. » ¿ No constituye esto una noble comedia que los reyes, los emperadores y las repúblicas vienen tantos siglos ha representando, y á la cual este inmenso universo sirve de teatro? Siete ciudades griegas entraron en debate sobre el lugar de su nacimiento: ¿ hasta tal punto su obscuro origen procuróle honor!

Smirna, Rhodas, Colophon, Salamis, Quíos, Argos, Athenas.

Otro de mis hombres relevantes es Alejandro Magno, pues considerando la edad en que comenzó sus expediciones guerreras; los pocos medios con que contó para realizar un designio tan glorioso; la autoridad que supo ganar en su infancia entre los más grandes y experimentados capitanes de todo el mundo, de los cuales iba segui-

do; el extraordinario favor con que la fortuna abrazó y favoreció tantas y tantas expediciones arriesgadas y casi temerarias:

Impellens quidquid sibi summa petenti  
Obstaret, gaudensque viam fecisse ruina;

aquella grandeza de haber, á la edad de treinta y tres años, paseado sus armas victoriosas por toda la tierra habitable, y en media vida haber desarrollado todo el esfuerzo de que la humana naturaleza sea capaz, de tal suerte que no es dable imaginar la legítima duración de su existencia con la continuación de su crecimiento en fortaleza y fortuna hasta un razonable término de años, sin imaginar algo por cima del hombre; que dió origen entre sus soldados á tantas dinastías reales, dejando después de su muerte el mundo dividido entre cuatro sucesores, simples capitanes de su ejército, cuyos descendientes gobernaron después tan dilatados años, manteniéndose en posesión de reinos tan amplios; tantas eximias virtudes como se guardaban en su alma: justicia, templanza, liberalidad, cumplimiento de las palabras, amor á los suyos y humanidad para con los vencidos, pues en sus costumbres no se encuentra ningún punto débil, como no sea en alguna de sus acciones particulares, raras y extraordinarias; mas preciso es considerar la imposibilidad de conducir tan imponente movimiento conforme á los preceptos comunes de la justicia. Tales hombres deben ser juzgados en conjunto, con arreglo al fin principal de sus miras. Entre aquellas que pudieran engendrar algún cargo figuran la ruina de Tebas y de Persépolis, la muerte de Menandro, la del médico de Efesió y la de tantos prisioneros persas y soldados indios con quien acabó de súbito, contraviniendo á la palabra dada, y el asesinato de los coseianos, de quienes aniquiló hasta los niños de corta edad. Todos éstos son arranques difíciles de justificar; y por lo que toca á la muerte de Clito, la culpa fué enmendada con demasia. Ésta, como todas sus demás acciones, testimonian lo bondadoso de su complexión, por sí misma inclinada á lo justo excelentemente y hecha á la bondad; por lo cual se dijo de él con sumo acierto « que de la naturaleza recibió sus virtudes y los vicios de las circunstancias de su vida ». Cuanto á lo de ser un poco amigo de alabarse y algo impaciente en punto á oír hablar mal de su persona, como por lo que toca á los pesebres de sus caballos, arneses y frenos que esparció en las Indias, todas estas cosas, á mi ver, son atribuibles á su edad y á la extraña bienandanza de su fortuna. Quien considere al propio tiempo tantas virtudes militares: diligencia, previsión, paciencia, disciplina, sutileza, magnani-

1. Derribando cuanto se oponía á su afán de gloria, y alegre abriéndose camino por entre ruinas. LUCANO, I, 149.

midad, resolución y acierto, en todo lo cual, aun cuando la autoridad de Anibal no nos lo hubiera enseñado, fué el primero entre todos los hombres; la singular belleza y raras condiciones de su persona hasta rayar en lo milagroso; aquel porte y aquel ademán venerables bajo un semblante tan joven, sonrosado y resplandeciente:

Qualis, ubi Oceani perfusus Lucifer unda,  
Quem Venus ante alios astrorum diligit ignes,  
Extulit os sacrum cælo, tenebrasque resolvit 1;

la excelencia de su saber y capacidad; la duración y grandeza de su gloria, pura, nítida y exenta de mancha y envidia, y el que todavía largo tiempo después de su muerte se tuviese por religioso artículo el creer que sus medallas fueran presagio de felicidad para los que las llevaban; el hecho de que tantos reyes y príncipes hayan escrito sus gestas con profusión mayor de la que los historiadores trazaran los de todos los reyes y de todos los príncipes; y hasta la circunstancia misma de que aun hoy los mahometanos, que menosprecian todos los demás libros, reciban y honren sólo el de su vida por especial privilegio, confesará que tuvo razón de preferirlo al mismo César, el cual únicamente le es comparable. No puede sin embargo negarse que haya más labor propia en las expediciones de éste y mayor influjo de la buena estrella en las de Alejandro. En muchas cosas son los dos héroes idénticos, y acaso César le aventaja en algunas: fueron dos rayos, dos raudales capaces de desolar el mundo por motivos diversos:

Et velut immissi diversis partibus ignes  
Arentem in silvam, et virgulta sonantia lauro;  
Aut ubi decursu rapido de montibus altis.  
Dant sonitum spumosi amnes et in æquora currunt  
Quisque suum populatus iter 2.

Aun cuando la ambición del romano fuese más moderada, la acompaña tanta desdicha, puesto que acabó con la entera ruina de su país y el universal empeoramiento del mundo, que, todo bien pesado y medido, no puedo menos de inclinarme del lado de Alejandro.

El tercero, y á mi ver el más excelente, es Epaminondas. No es como otros tan glorioso (tampoco la gloria es ingrediente indispensable para la esencia de la cosa), mas en cuanto á resolución y valentía (y no de aquellas que la

1. Cual bañado en las ondas del océano el rey de la luz, cuyo fuego ama Venus más que el de los otros astros, muestra al cielo su rostro sagrado y disipa las tinieblas. VIRGILIO, *Eneida*, VIII, 539.

2. Y como fuegos encendidos en diversas partes de la espesa selva y en las ramas crujientes del laurel, ó cual en veloz carrera desde los altos montes los torrentes espumosos corren al mar asolando cuanto en su camino encuentran. VIRGILIO, *Eneida*, XII, 521.

ambición aguja, sino las que la prudencia y la razón pueden implantar en un alma bien gobernada), era dueño de todas cuantas pueden concebirse. Dió tantas pruebas de esas sus virtudes peculiares, cual el propio Alejandro y como César, pues aun cuando sus expediciones guerreras no sean tan frecuentes ni tan ruidosas, consideradas detenidamente en todas sus circunstancias, no dejan de ser tan importantes y vigorosas como las de aquéllos, al par que suponen igual suma de arrojo y capacidad militar. Concediéronle los griegos el honor de nombrarle, sin contradicción, el primero de entre todos ellos; y ser el primero en Grecia viene á ser lo mismo que ser el primero del mundo. Por lo que toca á su entendimiento y sabiduría, este parecer antiguo llegó á nosotros: « que jamás ningún hombre supo tanto ni habló tan poco como él », pues pertenecía á la escuela de Pitágoras; y en lo que habló, nadie le llevó ventaja: era orador excelente, incomparable en la persuasión de sus oyentes. En punto á costumbres y conciencia, sobrepujó con mucho á cuantos al manejo de los negocios se hayan consagrado; esta parte, de preferencia á las otras, debe ser examinada, como que designa realmente quiénes somos; con ella contrapeso yo todas las demás reunidas, y en ella ningún otro filósofo le aventaja, ni siquiera el propio Sócrates. El candor en Epaminondas es una cualidad propia, dominadora, constante, uniforme é incorruptible. El de Alejandro, comparado con él, se nos muestra subalterno, incierto, adulterado, blando y fortuito.

Juzgó la antigüedad que al examinar por lo menudo todas las acciones de los otros grandes capitanes, en cada uno de ellos se encuentra alguna especial cualidad que le ilustra: en éste solamente se reconoce una virtud y una capacidad, á las cuales nada falta, mostrándose de un modo permanente; nada deja que apetecer en todos los deberes de la vida humana, ya se trate de ocupación pública ó privada, pacífica ó guerrera; lo mismo en el vivir que en el morir grande y gloriosamente: no conozco ninguna categoría ni ninguna fortuna humanas que yo considere con tanto honor y contemple con tan amorosa mirada.

Cierto que su obstinación por permanecer en la pobreza la encuentro en algún modo escrupulosa, tal y como sus mejores amigos nos la pintan. Esta sola acción, que á pesar de todo es altísima y muy digna de ser admirada, se me antojó agrilla para deseármela conforme él la practicaba.

Tan sólo Escipión Emiliano, por su fin altivo y magnífico y por su conocimiento de las ciencias, tan profundo y universal, podría colocarse en contraposición en el otro platillo de la balanza. ¡Cuán enorme contrariedad me ocasionaron los siglos apartando precisamente de nuestros

ojos, de las primeras, la más noble pareja de vidas que Plutarco encierre, las de esos dos personajes que, conforme al común consentimiento del mundo, fueron el primero de los griegos uno, y el otro el primero de los romanos! ¡Qué asunto el de sus existencias! ¡qué artifice el biógrafo que las describiera!

Para un hombre que no sea santo, sino lo que nosotros llamamos varón cumplido, de costumbres urbanas y corrientes, y de una moderada elevación, la más rica vida, digna de ser vivida que yo conozca entre los vivos, como generalmente se dice, adornada de mejores y más apetecibles prendas, es á mi ver la de Alcibiades, todo bien considerado.

Mas como Epaminondas dió siempre muestras de una bondad excesiva, quiero apuntar aquí algunas de sus opiniones. El más dulce contentamiento que en toda su vida experimentara, según él mismo testimonia, dice que fué el placer que procuró á su padre y á su madre con su victoria de Leuctres; relegábase de buen grado, prefiriendo el placer de ellos al propio contentamiento, tan justo y tan pleno en una tan gloriosa acción: no creía « que fuera lícito, ni siquiera para recobrar la libertad de su país, el dar la muerte á un hombre sin conocimiento de causa »; por eso desplegó tan poco ardor en la expedición de Pelópidas, su compañero de armas en la liberación de Tebas. Decía también « que en una batalla había que huir el encuentro de un amigo que militara en el partido contrario, sin sacrificar su vida ». Y como su humanidad para con sus mismos enemigos le hiciera sospechoso á los ojos de los beocios, porque luego de haber forzado milagrosamente á los lacedemonios á abrirle el paso que pretendían obstruir á la entrada de Morea, cerca de Corinto, se conformó solamente con vencerlos sin perseguirlos tenazmente, fué honrosísimamente desposeído del cargo de capitán general por semejante causa. Avergonzados sus conciudadanos, tuvieron por necesidad que reponerle pronto en su grado, reconociendo cuánto dependían de él la gloria y la salvación de todos: la victoria le seguía como su sombra por los sitios todos donde guiaba, y, cuando murió, acabó también con él la prosperidad de su país, como con él había nacido.

## CAPÍTULO XXXVII

## DE LA SEMEJANZA ENTRE PADRES É HIJOS

En este hacinamiento de tantas piezas diversas sólo pongo mano cuando un vagar demasiado ocioso me empuja, y nunca en otro lugar que no sea mi propia casa; por eso